

Alfonso Sastre

Sobre la memoria histórica y la calavera de García Lorca

(Este artículo se corresponde con el texto que fue leído en el pueblo de Cortes, Navarra, el 1 de noviembre de 2008, en el Homenaje a los Fusilados por defender las ideas de Paz, Justicia y Libertad)

En tiempos ya lejanos se decía que la memoria es el talento de los tontos. Hoy ya se sabe que esta frase es poco menos que una gran tontería, pues la memoria en general es la base del pensamiento y sin ella no hay pensamiento que valga. Un aforismo alemán dice así: «Ohne Phosphor kein Gedanke»: sin fósforo no hay pensamiento; pues bien, de la memoria se puede decir, como nosotros acabamos de hacerlo, otro tanto.

A veces, también este desdén de la memoria es algo mucho peor que una tontería: un refugio desde el que se ocultan las realidades del pasado, las cuales son la infraestructura sobre la que emergen las nuevas realidades, de manera que se evita la reproducción de realidades pasadas que condujeron la historia por muy malos caminos para el conjunto de la humanidad. Se sabe que si no recordamos nuestros errores, por ejemplo, estamos amenazados de repetirlos.

Leyes del olvido, amnistías bajo el rótulo de «punto final» u otros, ha habido muchas para que grandes crímenes sean no sólo olvidados sino magnificados como aceptables episodios de la vida histórica en, por ejemplo, «la lucha contra el comunismo» o por «la dignidad de la patria». Chile, Argentina, son ejemplos a recordar.

También, entre nosotros, el de la «transición española» desde el franquismo a la democracia, al principio de la cual la idea de una necesaria «ruptura» con el franquismo se abandonó, salvo en Euskadi y por algunos grupos en España. Entonces se discutió, más o menos, sobre qué hacer, con interrogantes como éstas: ¿olvidar?, ¿perdonar?, ¿no sólo el olvido sino también el perdón?, ¿o ni lo uno ni lo otro?; y ello bajo «un ruido de sables», más o menos real o imaginado por el miedo o por el interés de los devotos del dictador.

En resumen, fuimos conducidos a una perpetuación «democratizada» del franquismo en la forma de una monarquía ideada por Franco para atar y bien atar la situación que él había creado con la ayuda del nazismo y el fascismo europeos; y así nos vimos encima la España en que vivimos, o, mejor, bajo la que vivimos, y no tuvimos una democracia verdadera y, por ello, capaz de hacer valer sus postulados y de pedir cuentas a los responsables de los crímenes cometidos en los territorios ocupados por Franco durante la guerra y en todos los territorios del Estado español desde el fin de la guerra hasta la muerte del «caudillo».

Estoy proponiendo con estas palabras contra el olvido un rechazo de toda posible amnistía? Veamos esto, pues quien está escribiendo este artículo es partidario de una amnistía general y total de todos los presos políticos (de motivación política o ideológica) que hay actualmente en las cárceles españolas; y ello es así porque para mí, aunque ello pueda resultar aún hoy escandaloso, hay que distinguir entre amnistías buenas y malas; y éstas -las malas- son las que pretenden que sean olvidados los grandes crímenes de los poderosos (opresores) o cometidos bajo su inspiración, y buenas las que van a favor de los oprimidos, incluso cuando ellos han cometido excesos y, en el límite, hasta daños muy graves y homicidios. No es fácil decidirse a pensar así, y menos aún a decirlo; pero es preciso hacerlo cuando está en juego nada menos que la paz para el futuro de este pueblo, horizonte que se

cerraría si no se realiza una amnistía general y total. Las cosas son así y no de otra manera, y hay que partir de ellas.

Este tema de la memoria, en lo que se refiere a los «crímenes del franquismo», ha sido tratado durante los últimos tiempos y muy especialmente durante las últimas semanas de varias formas, algunas muy notables, como ha sido en la revista «Pueblos», que ha publicado un dossier referido a varias áreas geográficas, culturales e históricas. Yo quiero destacar aquí, por lo que afecta a la nuestra, el artículo «Memoria de las víctimas: hacia una cultura de la memoria», de Marcelino Flórez Miguel, en el que trae a colación «el concepto de memoria que construye W. Benjamin y que Reyes Mate ha explicitado (...)». Para W. Benjamin, según esta referencia, «la historia nunca ha sido universal; ha sido, como mucho, una historia de los vencedores, y siempre ha estado ausente una parte de la verdad, la de los vencidos, la de los que desaparecieron y no dejaron rastro».

Esta idea es una base suficiente para legitimar los movimientos, hoy más o menos activos entre nosotros o en nuestras proximidades, a favor de «la memoria histórica», justamente para aportar aquella «parte de la verdad» que falta, es decir, que está oculta todavía por los aparatos del Estado; y ello aunque esta cuestión esté siendo ensuciada últimamente por las presuntas «ideas» y la real práctica judicial de una persona tan cuestionable desde varios puntos de vista y con variados argumentos como es el juez Baltasar Garzón.

En la misma revista, yo deseo destacar el artículo de Amparo Salvador Villanova «Mujeres en el franquismo», en cuya entrada leemos con asentimiento por nuestra parte la mala ralea de «los pactos de la transición» entre la derecha y la «izquierda», tras la muerte de Franco. «En ellos -dice Amparo Salvador- se pactaba el silencio sobre los crímenes del genocidio franquista y la destrucción de sus pruebas, la impunidad para los responsables y colaboradores y el olvido de las víctimas. Era -añade- el año 1977 y se acababa de promulgar la Ley de Amnistía (así llamada, A.S.), que daba cuerpo legal a aquellos ignominiosos Pactos». Suscribo tan duras palabras, y la referencia que las acompaña: «¡Y si sabes quién mató a tus hijos, te has de callar! ¡Y si sabes quiénes te violaron, te has de callar! ¡Y si sabes quién te robó y vendió a tus hijos, te has de callar!». Todavía hace falta mucho valor para pronunciar estas palabras.

De la revista «Página Abierta» es destacable el artículo «Lo público de la memoria», de Joseba Eceolaza, aunque nada más sea para reproducir las cifras que en él constan de la matanza en ambos bandos, ampliamente recordado, sin embargo, en todo lo referente a «los crímenes de la `Horda Roja'» por los franquistas durante años y años, de manera que en ese sentido no hay otro problema de memoria pendiente que el de desmontar las muchas mentiras y exageraciones enfáticas circuladas siempre al respecto por la propaganda del Régimen y sus muchos colaboradores que un poco más y nos ahogan en la sangre derramada en Paracuellos del Jarama, por ejemplo.

Por parte del bando republicano, dice Eceolaza -a quien citamos en el artículo anterior por su escrito «Lo público de la memoria», aparecido en la revista «Página Abierta»- que se dio muerte a unas 70.000 personas, y que el franquismo «asesinó a unas 100.000». «Pero es que -sigue Eceolaza con muy buen sentido- tras la guerra civil, pudiendo aplicar la paz, el régimen franquista impuso su victoria. Más de 192.000 personas fueron fusiladas y cerca de 4.000 más murieron de enfermedad en los campos de trabajo o en las prisiones».

Según el autor de este artículo -y nosotros suscribimos sus palabras, sobre la base de nuestros propios recuerdos y otras lecturas-, se pueden diferenciar tres etapas en este horror franquista que hoy se trata de recordar: 1.- La guerra, desde Julio de 1936 hasta febrero de 1937. 2.- La de los «Consejos de Guerra Sumarísimos de Urgencia», desde marzo de 1937 hasta principios de 1945. 3.- La de la represión «contra los guerrilleros y sus colaboradores», que se prolongó «hasta mediados de los años 50».

Creo que está muy bien, en suma, todo lo que se haga a favor de una memoria histórica, y es cierto también que no podemos descansar cediendo esa responsabilidad a la existencia actual de más prótesis de la memoria que en otros tiempos, cuando la memoria se recogía sólo en los libros y, más tarde, en los periódicos. Me refiero a esas más recientes prótesis, pero algunas ya no tan recientes, como la fotografía y el cine, y dentro del cine el movimiento documentalista, hoy enriquecido, las grabaciones primitivas («archivos de la palabra») y hoy magnetofónicas, etc.

Ésas son herramientas y lo importante, a estos efectos, es el pensamiento que las anima y las correspondientes acciones sociales y políticas que se ponen en marcha; pues es preciso decidir el uso de esas herramientas en un sentido o en otro y para acordarse de unas u otras cosas y con tal o cual objetivo, definido, para que sea válido, por un pensamiento «a la altura de los tiempos», como decía Ortega y Gasset.

Este tema que hoy nos ocupa es, a poco que se analice, una triple cuestión: 1.- Una cuestión pública (política). 2.- Una cuestión privada (individual). 3.- Una cuestión filosófico-social (cultural, histórica). Visto así, puede entrar en la escena de nuestra reflexión, por fin, la calavera de Federico García Lorca, mencionada en el título. Ella nos refiere a las cuestiones que acabamos de enunciar, y especialmente a lo que de cuestión privada, individual, hay en esta inquietud. Concretamente me refiero ahora a la discusión a favor o en contra de las exhumaciones.

Yo me detengo respetuosamente ante esta dimensión del problema, en el que todas las personas implicadas tienen razón: tanto las partidarias de las exhumaciones como las que no las desean (así la familia de García Lorca, que no tiene interés alguno en ver la calavera del poeta). Dejemos a un lado el gran abolengo histórico y cultural de las inhumaciones rituales de los muertos, que dieron un carácter especial al fenómeno humano en relación con las otras especies animales, hasta el punto de que la palabra «humano» tendría su origen en el hecho de que los seres luego llamados humanos eran animales especiales y que se diferenciaban de los demás en que éstos enterraban (humus) a sus muertos.

Para para la familia de García Lorca, según he leído, no lleva a parte alguna remover y sacar de la tierra su cadáver; porque, además, su memoria como poeta está en todas partes. Ello es razonable. Pero también debemos pensar en las familias de aquel banderillero o de aquel maestro de escuela o de las otras personas anónimas que fueron asesinadas en aquella ocasión, y hacernos cargo de sus respectivas culturas, creencias y tradiciones. Es seguro que para algunos familiares o descendientes de aquellas personas asesinadas «falta algo».

Ellas fueron enterradas como perros callejeros y sus descendientes quieren, ¡al fin!, exaltar de algún modo su recuerdo rindiéndoles el homenaje ritual que suele dispensarse a los muertos cuando son enterrados. Este deseo no es algo desdeñable. Yo, que no creo en los rituales religiosos o civiles, ni los practico, estoy con ellos en su reclamación. Hoy el nieto de un asesinado en Ciudad Rodrigo

(Salamanca), donde los franquistas asesinaron a 110 hombres y a 2 mujeres, me cuenta en una carta que él reclama y reivindica la digna memoria de su abuelo. Su nieto se llama Víctor Criado y ha escrito un bello texto en su memoria. Hay muchos nietos de asesinados, que no llegaron a conocer a sus abuelos, y que hoy están en este movimiento. ¡Es un bello triunfo de la memoria contra el olvido!

Aquí, en Cortes, donde se celebra este encuentro al que no puedo asistir desgraciadamente, y para el que yo estoy escribiendo estas palabras, el crimen tiene su propia historia. Podría decirse que cada pueblo es una historia, y que es preciso establecer la magnitud de lo sucedido durante aquellos años. También podemos recordar que precisamente en Nafarroa se produjo, que yo sepa, el primer movimiento importante (Altafalla, José María Esparza) por la dilucidación de los crímenes del franquismo; un aspecto, éste de la aclaración de los hechos y no sólo del establecimiento de su cuantía, es muy importante y forma parte de la complejidad de este movimiento, al que nosotros auguramos felices resultados, que serán buenos sobre todo para el establecimiento de una verdadera paz.

De momento es muy de notar la enorme diferencia que hay entre estos grupos interesados por contribuir a la memoria histórica y las actuales «asociaciones de víctimas del terrorismo», convertidas en ocultos partidos políticos de ultraderecha que luchan, sobre todo, contra todo asomo de paz en estos sufridos territorios.

En una entrega posterior añadiremos una especie de apéndice que adquiere la forma de un tercer artículo y que no fue leído, porque está escrito después, en el Homenaje de Cortes que se citó al principio. En él trataremos de ampliar algo que hemos dicho aquí sobre lo que fue la «memoria» franquista de los hechos y que no es hora de replantear en los actuales movimientos, puesto que está planteada y replantada durante el franquismo de las más diversas y muchas veces desafortunadas formas en las que las ideas republicanas aparecen como la expresión propia de unos seres intrínsecamente malvados y sedientos de sangre.

Actualmente es una nueva falacia de la derecha posfranquista la crítica que se hace a los movimientos populares a favor de la memoria histórica e incluso a la débil y tardía legislación socialista al respecto, y también, en fin, a las iniciativas dudosamente sinceras del juez Garzón, por cuya persona y actividades yo siento un desdén rayano en el desprecio. Esa falacia consiste en que dicen que, si se quiere recordar lo que pasó, «hay que empezar por los crímenes cometidos en la zona roja»; y contra ella, es preciso decir que en la actualidad no hay que recordar lo que siempre ha estado presente en la memoria de esa derecha desde que en su día fue objeto de una llamada «Causa General» bajo la inspiración y la dirección del que fue «ministro de Justicia» del Gobierno de Franco Eduardo Aunós.

Yo mismo recuerdo que en mi adolescencia tuve en mis manos un grueso libro, prologado por dicho señor (¿sí?), en el que bajo ese título de «Causa General» se recogió abundante material y siniestro material sobre los «crímenes rojos», ilustrado con fotografías procedentes, por cierto, de los servicios republicanos de Justicia.

Digamos que este Eduardo Aunós se presentaba a sí mismo como escritor y músico, y yo no estoy muy seguro de que lo fuera (de ahí mi reciente «¿sí?»), como si él hubiera escrito sus libros y músicas, como una «Biografía de París» y unas canciones, pues me consta que se servía para «sus» obras de lo que en el argot literario se llama «negros», que le escribían «sus» obras. Yo conocí a uno de esos «negros», que me lo contó y cuyo nombre no deseo revelar ahora. Ante este ejemplo ético que fue Eduardo Aunós, están justificadas todas las reservas que se

tengan en la lectura de la citada «Causa General», siendo así que él empezaba por mentir -ya que era evidentemente parcial- en el epígrafe de aquellas actuaciones de la «justicia española».

Cada vez que nos enfrentamos con temas de gran envergadura, y el de la memoria lo es, tanto si lo consideramos en general como una capacidad que en los seres humanos tiene caracteres particulares como en sus aspectos histórico-sociales, cada vez que esto ocurre, decimos, aparecen nociones contradictorias que nos avisan de que es cierto que vivimos «en un mundo dividido» (Weiss), entre unas minorías opresoras y unas mayorías oprimidas, y ello produce un corte en las nociones más comunes o generales -universalmente válidas para el viejo pensamiento metafísico-, y entonces resulta que la realidad es doble (dialéctica).

Por ello es legítimo un pensamiento que, guste o no guste, afirme, como nosotros hacemos, que hay amnistías malas y buenas; o que hay violencias malas y, al menos, menos malas. Está ahí la razón de que yo me declarara desde hace muchos años contra la idea de que toda violencia es igual, «venga de donde venga», y estuviera seguro de que no sólo es posible sino necesario distinguir la metralleta de Ernesto Che Guevara de las de los sicarios y los policías de los regímenes opresores; y así mismo de que es razonable hacer una afirmación que parece pintoresca: la de que se da una «metamorfosis de la pistola», cuando un arma como ésa pasa de las manos de un policía al servicio de la opresión a las de un militante revolucionario que lucha contra ese sistema opresivo. Por eso nunca, siendo pacifista, y dedicando lo mejor de mi obra a la paz y contra la guerra, nunca me he considerado «un pacifista a ultranza», aunque me reafirmo siempre en la idea de que la violencia, sea cual sea su índole, es indeseable.

Ahora estoy leyendo un libro sobre la lucha que realizaron los extranjeros en la Resistencia Francesa. En 1944 (yo tenía dieciocho años), leí en un periódico francés un artículo sobre aquel juicio contra «el ejército del crimen» que eran... veintitrés militantes de la Resistencia contra los ocupantes nazis de Francia; juicio que es el tema precisamente de este libro («El cartel rojo», de Philippe Ganier Raymond, Txalaparta, Tafalla 2008).

Para mí aquel artículo, que guardo y se titula «Los asesinos están ahí», firmado Jean Laserre (diario «La Gerbe»), fue la «inspiración» de mi primera obra dramática de gran formato (Prólogo patético). Michel Manouchian, Spartaco Fontano (Fontanot en este libro), Maurice Fingerwajg y sus compañeros recibieron trato de criminales y los fusilaron en febrero de aquel año, y yo me enteré -porque compré aquel periódico- a las pocas horas de consumarse aquel crimen legal; y así fue como ellos me acompañaron como si fueran unos ángeles que iluminaran los primeros pasos de mi juventud y de mi actividad poética. Nunca después pude olvidar un pasaje de aquel artículo que suscitó las angustias que me movieron a escribir la obra que he citado: «Es el ejército del crimen, su estrategia es la del terror: el acto como tal es gratuito, como dicen los anarquistas, pero crea desorden y miedo».

Entre tantos actos perdidos para la memoria de nuestros contemporáneos, aquel fusilamiento como criminales de unos soldados de la lucha contra el nazismo pervivió gracias a algunos hechos como una película francesa. Mi drama poco ha podido contribuir a ello al no haber sido estrenado (fue prohibido) y haber tenido poca difusión, incluso cuando lo editó Hiru en 1991. Aquella película hizo que el hilo de aquellos hechos trágicos no naufragara en la desmemoria que es cada vez más una forma actual de vivir.

Entre nosotros, sólo hace poco tiempo se ha tratado, a favor de la memoria, un episodio tan digno de ser recordado como el fusilamiento de aquellas menores («las trece rosas») en Madrid, y así ha sido como sólo algunos casos de un pasado inolvidable han sido recordados mientras que para las nuevas generaciones, según me dicen, son muchos los jóvenes para quienes la figura y los hechos del dictador Francisco Franco y sus cómplices y colaboradores es tan desconocida (que no olvidada, porque nunca supieron algo de ella), tanto o más que las de Fernando VII o Godoy.

Creo que el actual auge de la llamada «novela histórica» más que una ayuda a la memoria puede ser otro obstáculo, al ser movido todo ese fenómeno por intereses bastardos de carácter económico que, en consecuencia, pueden dar vía a las más burdas mistificaciones.

Una vez más diré que la actividad humana tiene una doble condición: es una «praxis» social (y ahí entra la Historia) y una «agonía», que tantas veces nos oculta, precisamente, lo que de histórico tienen nuestras vidas: lo que ellas tienen de participación en la Historia y de esperanzas en un futuro sólo posible si se parte de un conocimiento suficiente del pasado. Fuera de la memoria la realidad nos encierra en un círculo vicioso.